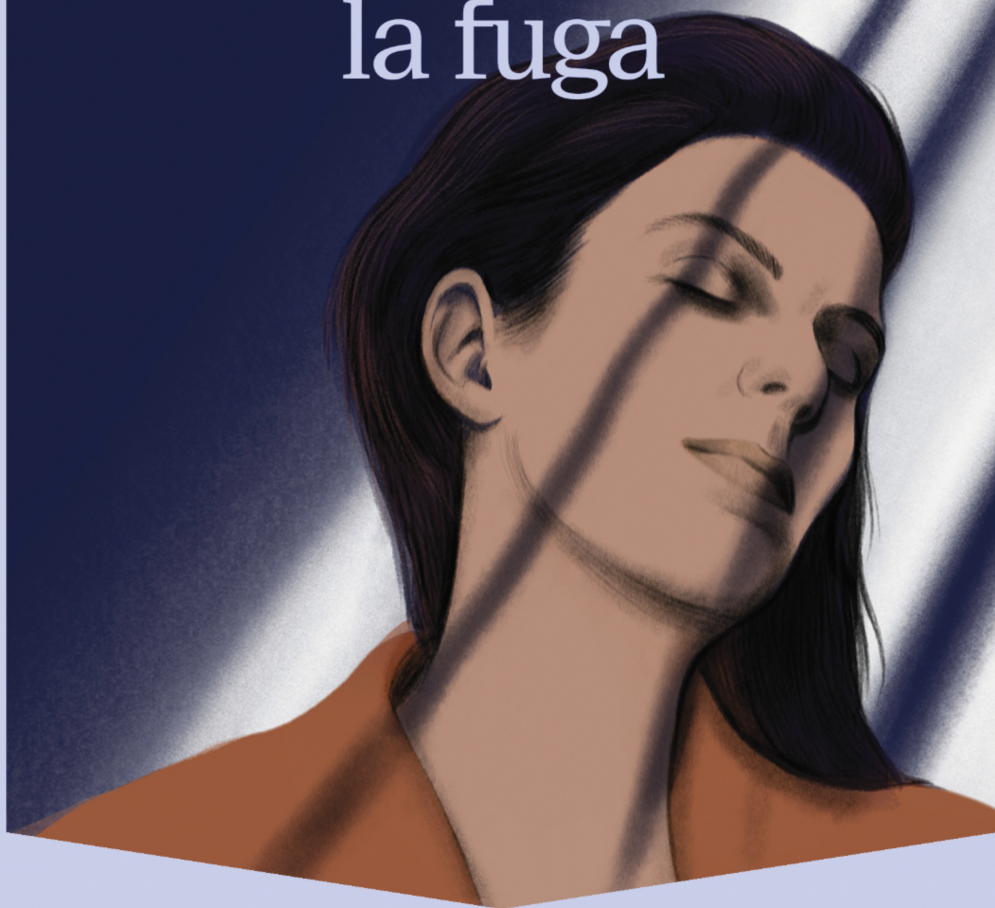


Graziella Moreno

La hora de
la fuga



AdN

Graziella Moreno

La hora de la fuga

AdN

Primera edición: octubre de 2025

Diseño de cubierta: Compañía

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Graziella Moreno, 2025

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film
Agency, Barcelona, España

© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com



ISBN: 979-13-87596-15-6

Depósito legal: M. 11.997-2025

Printed in Spain

«¿Cómo guardar ceniza en el pecho?
No existe método.
Tan solo resistir en el lindero
sin pensar en eso que se añora.
Aceptar que la vida no dispone de ningún plan
para nosotros.

Y cuando sea la hora,
soltar la urna, cruzar la falla.
No importa si es de noche.
Responder, dure lo que dure la llamada».
Miren AGUR MEABE

«Allí se metió Alicia al instante, tras él, sin pensar
ni por un momento cómo se las ingeniaría para
volver a salir».
Alicia en el País de las Maravillas,
Lewis CARROLL

El amor tiene dos caras. El horror, muchas más.

«Así que crees que puedes distinguir el cielo del infierno, los cielos azules del dolor, incluso una sonrisa que se esconde tras un velo».

Sacude la cabeza para alejar esas palabras. Unas que no son tuyas, aunque las reconoce. Son parte de una canción que alguien le enseñó. Alguien que ha prometido cuidarla y respetarla. En la salud y en la enfermedad, durante todos los días de su vida. Hasta que la muerte las separe.

Gime.

Una voz:

—Mírala, ¿ves? No le pasa nada. Estamos jugando.

¿Jugando? ¿A qué? ¿Quién ha dicho eso? No reconoce esa voz. Solo sabe que no le gusta. Es una voz que no debería estar ahí.

Algo no va bien.

Le duelen los brazos, las muñecas, los dedos de los pies. Intenta hablar, dar forma a las palabras que ahora se atropellan en su cerebro, pero su boca no se mueve. No puede. Solo entonces se da cuenta de que tampoco puede ver. Su pulso se acelera. Alguien le

pone una mano en el hombro desnudo. Ella conoce esa mano áspera, ese tacto. Ojalá estuvieras aquí, conmigo. No. Pensar eso es un error.

Porque ese deseo también forma parte de la canción que le enseñó quien prometió cuidarla y respetarla.

Ahora, demasiado tarde, comprende que esa promesa era una mentira.

UNO

Al cuerpo no le afecta la lluvia que cae sobre el asfalto caliente. Que ha mojado su piel desnuda y ha lavado sus cabellos rubios empapados de sangre. Que dificulta el trabajo de los policías que se mueven a su alrededor. Su trabajo: buscar indicios. Certezas. Pruebas. Han levantado algo parecido a una tienda de campaña para protegerlo. Maldita lluvia, dice Tea Velarde. Sus compañeros toman fotografías, miden. Alzan la vista para ver a los que, cinco pisos más arriba, trabajan como ellos. Pedraza, el forense, los saluda con un gesto desde el balcón.

Tea ha sido la primera en acudir tras la llamada a la comisaría. Le ha faltado tiempo para dar aviso a los de la científica. Algo propio de épocas pasadas, a las que había prometido no volver. Promesas siempre difíciles de cumplir. Y es que las viejas costumbres nunca se pierden. Aunque ha intentado justificarse a sí misma: a fin de cuentas sigue en investigación y cualquier cosa es mejor que seguir calentando la silla ante el ordenador redactando atestados mientras escucha a Óscar y sus estupideces como «nacé de noche, pero

no anoche», entre otras igual de ingeniosas con las que cree que alegra el ambiente. Cuando se pone chistoso, la cara de su compañero suele tener esa expresión que se ve en los bizcos cuando piensan concentradamente en algo, una mezcla de inteligencia y desconcierto, que da paso a largas disertaciones eternas que acaban espantando a casi todos. De todas formas, a pesar de que en ocasiones la saque de sus casillas, Óscar es una de las pocas personas de la comisaría en quien confía plenamente.

Salir también es una buena excusa para ignorar el correo que le ha mandado la madre de Robert. Y ya van cuatro. No necesita abrirlo para saber su contenido. Va a tener que replantearse su estrategia. Conoce a la que fue su suegra. Es de esas mujeres a las que, cuando se les mete algo entre ceja y ceja, son como un bulldog bien entrenado. Que no suelta la presa.

Aunque ahora, mientras se acerca de nuevo al cuerpo tendido en el suelo, piensa que hubiese sido preferible permanecer en comisaría. Mejor esperar a que se encargase cualquiera de sus compañeros; terminar su turno, volver a casa, darse una ducha y meterse en la cama. No pensar en Robert. Dormir y despertarse sin prisa. Plantearse qué hacer antes de volver al trabajo. Aprender a poner distancia, esa asignatura pendiente. Porque sabe que debe dejar de buscarle sentido a las cosas que no lo tienen. Solo lo sabe. Cuesta ponerlo en práctica.

Los vecinos, bajo los paraguas, acurrucados en sus chubasqueros y chaquetas, estiran el cuello tras la cin-

ta policial. Murmuran incrédulos. Hay cosas que no pueden suceder en esta parte de la ciudad donde la burguesía catalana construyó sus casas de veraneo para escapar del calor asfixiante de aquella Barcelona sucia, húmeda, de calles estrechas e insalubres. En este edificio, con su conserje las veinticuatro horas del día, su zona comunitaria, su piscina, su parque para los niños. Una comunidad obsesionada por la seguridad, que ha instalado una escalera de incendios; cámaras de vigilancia que controlan que ningún indeseable se cuele en sus vidas, tan perfectas, tan envidiables. En ellas no hay cabida para lo desagradable. Para esta muerte sin sentido. Desde donde están los vecinos no pueden ver gran cosa, pero a pesar de la lluvia, aguardan. Los iPhone ya han hecho su aparición, grabando sin descanso. No es cuestión de perder la oportunidad de documentar la vida real. Nunca se sabe. Las luces y los policías los tienen allí, anclados; todos quieren ser testigos de algo que no comprenden.

Nadie debería morir en una noche de este otoño cálido, en la que las nubes han descargado por fin. Nadie debería morir en su noche de bodas, piensa Tea mientras consulta su móvil. La magistrada está tardando demasiado, aunque el cuerpo ya no tiene prisa. Parece esperar pacientemente a que alguien se decida a hacer algo con él. A la chica muerta ya no le incomodan las miradas, las conversaciones, los focos que iluminan su figura menuda, los ángulos imposibles que dibujan sus huesos rotos. Ahora es objeto de estudio, de análisis. Como dice siempre Pedraza, los muertos

hablan a pesar de sí mismos y hay que saber el quién, el cómo.

El porqué.

Aunque Tea no forma parte de sus compañeros de la científica que se mueven con sus monos, guantes y demás equipo por el piso desde donde se ha precipitado la joven, subirá cuando la magistrada de guardia autorice el levantamiento. Sabe por experiencia que todo es importante. Hasta el más mínimo detalle. Como ese velo de novia, por ejemplo. Sujeto a su cabello y que ha volado con ella hasta el suelo. Blanco como corresponde, con perlas engarzadas. Propio de una novia preciosa. De cuento. Tea está de pie, dando la espalda a los vecinos que susurran horrorizados:

—... Esta tarde la vi en el *parking*. Iba bebida, tropezaba con el vestido al andar.

—... Creo que se llamaba Noelia.

—... Pobre chica, era muy joven, veintipocos. Educada. Saludaba.

Alguien recuerda que se quejaron más de una vez por la música alta y las voces que daban ella y su pareja, Esther Sampietro. Y esa quién es, dice uno. La nieta del señor Román Solé, contesta otro, el que fue el dueño de muchos de los pisos de esta comunidad:

—... ¿Dónde está Esther?

—... Vaya tía. Vaya gentuza esas dos. Esto es lo que pasa con tanto vicio.

—... No haría eso. No es posible.

—... Menuda ocurrencia, salir a la terraza con este tiempo.

—... Esas barandillas demasiado bajas son peligrosas, siempre lo he dicho.

Un accidente es la opinión general de los presentes. Porque nadie imagina que haya podido arrojarse voluntariamente. Se niegan a pensar eso. En su noche de bodas, nada menos.

—El piso es un desastre —dice el forense cuando llega a su lado.

Pedraza es un hombre grande; siempre viste camisas de cuadros y pantalones de montaña, como si fuese a ir de excursión en cualquier momento, o acabase de volver; con sus patillas frondosas y el pelo blanco recogido en una coleta. Masca un cigarrillo de plástico, haciéndolo rodar entre los labios.

—¿Desastre? —pregunta Tea.

—Objetos tirados por todas partes, botellas, colillas, cajas de medicamentos. Una buena juerga. —Se saca el falso cigarrillo de la boca—. Alprazolam, midazolam, lormetazepam, ibuprofeno. La barandilla del balcón me llega a mí a medio muslo, a esta chica como mucho a la cintura. Es fácil dejarse caer, no necesitas mucho impulso.

—¿Entonces? ¿Suicidio? ¿Han encontrado alguna nota?

Pedraza se encoge de hombros:

—Difícil decirlo en este momento. Es muy probable que se tirase ella, ya has visto la posición del cuerpo. No hay ninguna nota. Habrá que ver el análisis de tóxicos; si bebió tal y como parece por el olor, y le dio a las pastillas, iría bien puesta. —Vuelve a ponerse el

cigarrillo en la boca—. No sería la primera que se tira porque se le va la cabeza. Algunos ni siquiera son conscientes de lo que hacen. Y si tienen alucinaciones, su mente les está pasando una película de serie B. Murió al impactar con el suelo. No hay otras evidencias. El forense que haga la autopsia os podrá decir más. Aunque...

—Has llamado a la magistrada de guardia. No lo harías si tuvieses claro que es un suicidio de manual.

—Ya has visto esas marcas y eso enganchado en la cara. Esas cosas.

—Ya.

Esas cosas que no cuadran. Cosas que los vecinos no alcanzan a ver y de las que Tea ha tomado nota, aunque figurarán en el informe del forense y son el motivo de que estén esperando a la comisión judicial. Cosas que le han hecho desear estar en otro lugar, poner esa distancia que prometió en su día a Robert, que se prometió a sí misma. Aunque no puede negar que ha vuelto a sentir el vértigo, el cosquilleo en el estómago, el picor en las yemas de los dedos. Como en los viejos tiempos, un chute de adrenalina que ha puesto todos sus sentidos en alerta.

Esas marcas en las nalgas.

Esas quemaduras en los dedos de los pies y de las manos.

Ese esparadrapo que le cubre la boca, con un agujero en el centro.

¿Qué has hecho, Noelia?

¿Qué te han hecho?

Tea sigue mirando el cuerpo tendido. Si se volviese, vería que una de las personas que observan tras la cinta policial se aparta del grupo, las manos en los bolsillos de la cazadora, la capucha sobre el rostro. Anda despacio para ponerse justo detrás de ella, tan cerca, que si tendiese una mano podría tocarla. Pero no lo hace.